

La independencia y la crítica (Ardao antes y durante *Marcha*)

Pablo Roca*

Resumen

La obra de Arturo Ardao se desplegó, desde comienzos de la década del treinta hasta 1974, no sólo en una larga serie de libros dedicados a la historia de las ideas en Uruguay y en América. Y no sólo en esta opción epistemológica, sino también en el campo más directo de la intervención pública, política y cultural. Dentro de esta línea convergente con la anterior, diríase más académica, Ardao colaboró activamente en publicaciones periódicas, principalmente en el semanario *Marcha* de Montevideo (1939-1974), del que fue parte fundamental en su estructura orgánica, y donde publicó artículos y ensayos de carácter filosófico –la mayor parte de ellos reunidos o reelaborados más tarde en libros ahora célebres como *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*–, así como textos políticos que, según se los observa en este artículo, son parte constitutiva de su labor. En tal sentido, además, el pensamiento y la acción de Ardao contribuyeron, desde *Marcha* fundamentalmente, a tramar en un espectro muy vasto el campo cultural uruguayo e hispanoamericano del período señalado.

Palabras claves: campo cultural uruguayo/ *Marcha*/ Ardao

Abstract

The works of Arturo Ardao, from the beginning of the thirties until 1970, integrated a long series of books dealing with the history of ideas in Uruguay and in the American continent. They were not only devoted to this epistemological option but also to the more straightforward field of political and cultural intervention. Within this line in convergence with the former, more academic, so to speak, Ardao actively cooperated in periodical publications, mainly in the weekly journal *Marcha*, in Montevideo (1939-1974). He was a fundamental piece in its organic structure, and in it he published articles and essays of a philosophical nature, most of which were later re-elaborated or compiled in renowned books, such as *Spiritualism and Positivism in Uruguay*. He also published political texts that, as presented in this paper, are a constitutive part of his work. In this respect, furthermore, Ardao's thoughts and actions as manifested in *Marcha* contributed to build, in a wide spectrum, Uruguay's and Latin America's cultural field of the time.

Key words: Uruguayan cultural field / *Marcha* / incidence of Ardao

* Profesor Agregado de Literaturas Uruguaya y Latinoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República (Montevideo, Uruguay). Responsable del Programa de Documentación en Literaturas Uruguaya y Latinoamericana de la misma institución. <xprocca@adinet.com.uy>

I

No podía tener asegurada su vida sino, más bien, su muerte, un semanario que no se adaptaba a los patrones tradicionales de la prensa latinoamericana del siglo XIX, en cuanto no gozaba de ningún respaldo económico protector ni respondía orgánicamente a ninguna corriente de opinión ancilar a grupos de poder hegemónicos (políticos o financieros). Por el contrario, salía a la calle, en Montevideo, con el solo prestigio de algunos individuos que provenían de las clases medias altas o del patriciado algo empobrecido y desencantado de las líneas políticas tradicionales, conscientes, unos y otros, de la crisis de un modelo capitalista periférico; y salía ofreciendo pocos pliegos en formato tabloide –cierto que con un diseño gráfico dinámico– y que, en los comienzos (1939-41), combinaba notas políticas y doctrinarias con alta cultura, noticias sociales con consejos gastronómicos. Su director, Carlos Quijano, aún no había cumplido cuarenta años y ya era respetado en los ámbitos académico, político y periodístico. Además, supo rodearse de un grupo joven con formaciones y procedencias diversas. Varios se habían curtido en sus anteriores aventuras periodísticas del diario *El Nacional*, 1930-1931, y el semanario *Acción*, 1932-1939.

Arturo Ardao lo había acompañado desde la tempranísima juventud escribiendo notas políticas, y otros que perduraron (o persistieron) de la primera hora fueron el maestro Julio Castro, siempre atento a los problemas sociales y educativos o el virtuoso dibujante Julio E. Suárez (“Peloduro”). Muchos colaboradores de la sección cultural –un sector al que se apostó, desde el arranque, con clara determinación– venían con cimentado prestigio que acrecentaron en esas páginas: Joaquín Torres García escribió algunas notas sobre artes plásticas, el narrador Francisco Espínola hizo crítica de teatro, el joven musicólogo Lauro Ayestarán escribió sobre la especialidad que en pocos años lo tendría como el mayor historiador de la música uruguaya. Otros nombres que figuran en tan precario periódico, entonces, en verdad, nada decían: el secretario de redacción Juan Carlos Onetti estaba por cumplir treinta años de edad, y por esos días de junio del 39, cuando el primer número de *Marcha* salió a la calle, aprontaba un relato, *El pozo*, que se publicaría a fin de año en una imprenta artesanal. Los críticos de cine Homero Alsina Thevenet, Eduardo Jiménez de Aréchaga y Wilson Ferreira Aldunate carecían de mayores antecedentes, y no podían tenerlos ya que apenas salían de la adolescencia. Eran los dos últimos, en verdad, alumnos de Quijano en la

Facultad de Derecho, y pronto se retirarían hacia otras tareas (el foro, la política), mientras que el primero de los tres, iniciado en la revista *Cine-Radio Actualidad* bajo el patrocinio de Arturo S. Despouey, todavía ejerce esa profesión con un ganado prestigio a escala internacional.

En pocos años esas páginas cambiarían para siempre la forma de hacer periodismo en el país y en América Latina, y serían capaces de forjar una perspectiva distinta de sus problemas y los del mundo.

II

El pasaje de *El Nacional* a *Acción* parece una operación razonable. Una publicación cotidiana de un sector del Partido Blanco o Nacional, con magro caudal electoral –la Agrupación Nacionalista Demócrata Social, cuyo líder era Quijano–, que tenía sólo cierta prédica y un escuálido alcance electoral en Montevideo, ya no conseguía sobrevivir. El semanario de ideas era más barato, su factura menos exigente y, tal vez, más eficaz para la comunicación con sus adictos. Pero si se mira con más cuidado, y se revisa con mayor detalle la colección entera de *Acción*, que como la de su sucedáneo salió en formato tabloide, es notorio que de a poco éste se va desprendiendo de los presupuestos partidistas para acercarse a la construcción de un proyecto cada vez más distanciado del juego electoral. Parece claro que los escasos integrantes del grupo partidario advirtieron que no podía esperar una doble floración exótica: Uno, disputar la hegemonía dentro de un Partido conservador, en el que la Agrupación era asfixiada por la fuerza del caudillo Luis Alberto de Herrera, difícil de mellar, y, por lo tanto, era necesario olvidar las posibilidades de crecer pronto. Dos, conquistar el gobierno al otro partido tradicional (el Colorado), cuyo poderío electoral y en el aparato estatal era innegable, tanto que, de hecho, no fue derribado sino en 1958. La experiencia de la dictadura de Gabriel Terra (1933-1938), emanada de un sector del partido Colorado con sólido apoyo del principal grupo blanco, vino a ahondar esas dificultades internas, a sacarlas a flote, por lo que los llevó a reflexionar sobre otras estrategias capaces de reunir la voluntad de los sectores tradicionales y de izquierda adversarios del régimen. En enero de 1935 un movimiento armado que contó con la presencia de blancos, colorados y socialistas diversos buscó derrocar a la dictadura, que reaccionó rápida y eficazmente desbaratando el intento. Producto de estos traumáticos acontecimientos para la ufana tradición liberal del

país, fue el primer libro de Ardao –en colaboración con Julio Castro y prologado por Quijano–, por cierto que escrito mucho antes de convertirse en el principal historiador de las ideas en Uruguay. *Vida de Basilio Muñoz* fue un presuroso ensayo biográfico-histórico sobre un caudillo que había peleado en las últimas guerras civiles montoneras y que en unos días del tórrido verano de 1935, encabezó la “Revolución de enero” contra la dictadura de reflejos fascistoides y, en lo económico, satelital de los Estados Unidos. Para ellos Muñoz venía a representar, por eso, “la más alta bandera del pueblo uruguayo en sus aspiraciones de libertad política e independencia económica” (Ardao/ Castro, 1937: 204). Este libro temprano y militante es, además, una muestra de la peculiar alianza entre vocación por la historia y vocación por la acción (estudio y práctica de las ideas, en suma), que entonces se viabiliza ante un ejemplo *in praesentia* y por los carriles de un sector partidario entendido como la opción de mejor entronque popular en la línea latinoamericanista y antiimperialista, pero que sólo de a poco conseguirá independizarse o separarse la una de la otra. Y eso hasta cierto punto. Porque, como señaló Yamandú Acosta, en Ardao “la función de la filosofía no puede ser separada de la función del filósofo. La responsabilidad social de la actividad filosófica corresponde a quien la desempeña” (Acosta, 1995: 48). La genealogía de este concepto bien puede remitirse a un trabajo como en el que se empeñó tempranamente, y al que –pese a ciertos inconvenientes– nunca quiso que pasara al olvido.¹

El 23 de junio de 1939 *Marcha* destrona a *Acción* para cumplir con un proyecto de puertas abiertas. *Marcha* se pensó, y no es aventurado postular que Ardao debió haber incidido en esa decisión, como un medio más propenso a formular ideas que fertilizaran los cambios a largo plazo y que produjeran las críticas a la situación inmediata. Se autocombió, asimismo, como una posibilidad de apertura del diálogo hacia otras “tribus” políticas de izquierda.² A medida que el nuevo órgano conseguía sortear el obstáculo de salir cada semana, la relación de Quijano con el Partido Nacional se hizo cada vez más conflictiva, y con el correr de los años eso le permitió conquistar un público que no necesariamente pertenecía a su Agrupación. Hasta que ese público (ubicado cada vez más en una clase media urbana de izquierda) ejerció una forma implícita de presión para que el periódico pasara a ser algo que no existía en Uruguay, y que no existía en América Latina: un órgano de izquierda, sí, pero ajeno a cualquier grupo partidario específico. Atacante de y atacado por los dos sectores mayoritarios de su colectividad partidaria –el de

los “blancos independientes” y, sobre todo, el que capitaneaba Herrera–, la intransigencia quijanista profundizó el aislamiento. En 1958, en ocasión de la tan postergada victoria nacionalista, Quijano rompió para siempre las ataduras con la divisa. No hubo retorno posible porque, contrariamente a lo que postularon algunos de sus allegados –como el mismo Onetti (1994: 191)–, *Marcha* trascendió la fuerte personalidad del director, como sucede en cualquier construcción colectiva y de vida prolongada. Desde luego que el semanario no podía concebirse sin el ejemplo y los escritos de Quijano, pero una cosa era la estrategia electoral con sus imperativos pragmáticos y doctrinarios y, otra, la edificación de un periódico de debate político y filosófico y de opinión cultural que procuraba desasirse del corsé de la disciplina partidaria. Como sea, está claro que hacia mediados de la década del cincuenta muchos habían aprendido del grupo ceñido pero coherente, que podríamos llamar los *redactores políticos* del semanario –Quijano, Ardao, Castro–, a pensar con independencia de las presiones de las alianzas para la andadura del poder de la cúspide. A la vez que, haciendo caudal de esa lección, esos mismos discípulos les enseñaron que no podía inmiscuirse en pugnas partidarias.

Como inmediata consecuencia, el semanario aumentó su número de páginas, expulsó las notas “sociales” y los consejos para lucir una adecuada silueta; así se agregó nuevos lectores, armó un equipo consustanciado con una “empresa” periodística –en la que apenas se cobraba por el trabajo– y con una serie de presupuestos ideológicos que involucraban *todas* las actividades del periódico, y no sólo los abundantes y cáusticos artículos de opinión política o económica. Primero, esa ideología se sustentaba en el antiautoritarismo, fogueado en los años terristas y durante el avance de los fascismos europeos; segundo, en el pronunciamiento a favor de una “Tercera Posición” nacionalista y antiimperialista. En verdad, ya desde antes, según Ardao:

[En Quijano, el] nacionalismo antimperialista, con fundamentación en el campo de la economía, se convirtió [...] en la espina dorsal de todo su ideario político. En lo doctrinario genérico lo impresionó profundamente el fenómeno del imperialismo y a la luz de las categorías económicas y financieras del proceso capitalista (Ardao, 1989: XXXVII-XXXVIII).

Carlos Real de Azúa, un activo colaborador del periódico, refirió que *Marcha* era un “milagro” y un “lujo” para la República. Eso dijo en

1964, nada menos que una década antes de la entonces impredecible clausura definitiva y todavía sin que el semanario alcanzara su apogeo en los campos político e intelectual, al que llegaría en el correr de los años siguientes (Real de Azúa, 1964, T. II: 320).³ Vistos de lejos, los elogios del lúcido ensayista implicado no parecen desmedidos, pero omiten considerar más globalmente que el país contaba con una tradición de pensamiento racionalista y crítico liberal, en particular desde la generación principista del setenta, a la que Ardao examinó en *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay* (1950) y en *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay* (1962). Esa opinión, un poco juguetona, olvidaba que hacia 1940 la situación interna y externa situaba a Montevideo en un plano de privilegio. España, destruida por la guerra civil y en manos del franquismo; Europa que se inmolaba en una guerra terrible y dilatada, con la obvia y subsiguiente paralización de su poderosa industria cultural; Argentina que tropezaba con los cuartelazos y las consecuentes censuras y persecuciones a sus intelectuales, situación que el peronismo –tan combatido desde *Marcha*– no hizo sino ahondar. Uruguay, en cambio, gozaba de plenas libertades políticas, por lo menos desde 1942 cuando se produjo el llamado “golpe bueno” de Alfredo Baldomir, quien proviniendo del régimen terrista se alió con sus enemigos políticos más moderados (y con el apoyo del Partido Comunista) y desmontó el aparato legal de la dictadura y porque, a su vez, los beneficios de la guerra europea permitió dar un nuevo empuje al modelo distributivo imaginado por el primer batllismo, cuyos fundamentos filosóficos Ardao examinó antes que nadie (Ardao, 1951). Con estas características, tan someramente resumidas, la estabilidad económico-social se prolongaría hasta mediados de los cincuenta.

En verdad, alrededor de 1940 la relación entre modernidad cultural y modernización capitalista era asimétrica, ya que en Montevideo había pocas librerías y aun muchas menos en las pequeñas ciudades del interior; contadas casas editoriales publicaban libros fuera de los de uso estrictamente escolar; la educación media era –todavía– privilegio de un porcentaje estrecho de la población urbana del país; la concentración de las crecientes –bien que selectas– actividades culturales capitalinas, se focalizaba en pocas manzanas céntricas. A lo largo del siglo XIX, la “ciudad letrada”, de la que hablará Rama varias décadas más tarde, había montado un verdadero sistema (museos, salas de conciertos, cenáculos, teatros, periódicos) fundado en las apetencias y los gustos de los sectores oligárquicos, de los cuales se alimentaba. De a poco, la

cultura para consumo de masas o que se avenía al gusto "popular" (el tango, el cine, la prensa de actualidades para las masas, las ediciones baratas) había cambiado este panorama, modificaciones que incluían un público sólo posible a partir del crecimiento de los efectos de la reforma educativa lograda en el último tramo del siglo XIX, y el replanteo y la expansión de la Educación Secundaria durante el primer batllismo, en firme alianza con el ascenso de otras capas sociales urbanas. Estos procesos provocaron hacia 1940, no sólo "una integración sólida y mejor enmarcada ideológicamente, sino también el ingreso de los sectores sociales emergentes, los grupos medios que empiezan entonces su gesta política" (Rama, 1984: 159).

Desde *Marcha* se supo aprovechar este conjunto de situaciones, y se le dio un impulso decisivo. Pero eso fue posible porque empezaba a existir un público preparado y adicto a las "bellas letras" y a la noción de cultura en un sentido tradicional y acumulativo de saberes académicos. En las décadas del cuarenta y del cincuenta, *Marcha* se benefició de algunas transformaciones fuertes en el "campo intelectual"⁴ uruguayo o, mejor, montevideano, y acompañó críticamente este proceso. Es decir, fue una pieza clave para tramar una red de vínculos sólo posibles por afirmación de la especificidad de lo artístico, la continuidad de una crítica independiente fomentada desde sus propias páginas culturales y con el crecimiento de otras, muchas veces respuestas contra-hegemónicas a la de *Marcha*. Un país institucional y económicamente estable, tuvo resto para fundar o relanzar instituciones culturales oficiales (Museo Histórico Nacional, Biblioteca Nacional, Colección de "Clásicos Uruguayos", Instituto Nacional de Investigaciones Literarias, "Archivo Artigas", Comedia Nacional), para crear órganos educativos que tendieran a la profesionalización de los estudios culturales, artísticos y filosóficos: la Facultad de Humanidades y Ciencias, 1946, (de la que Ardao -formado en Derecho- fue profesor de Historia de las ideas y, luego, decano en los años sesenta) y el Instituto de Profesores "Artigas", 1949. Entonces se hizo posible adiestrar y captar un público, con compañías estables de teatro en la órbita independiente u oficial, con la multiplicación del dictado de conferencias, haciendo exposiciones de pintura en Salones municipales o apoyados por el Estado o en el Taller Torres García, discutiendo en los cafés, creando revistas y -más tarde- editoriales, que respondieron a facciones homogéneas en diálogo y, en consecuencia también en debate, con otros grupos nucleados en otras revistas.⁵ Nada o casi nada de esto escapó a la recepción de los que hicieron *Marcha*. Y, al mismo

tiempo, todo o casi todo este cuadro de relaciones de “campo” formaron a quienes se *hicieron* en el semanario. De ahí que no hubo tal “*milagro*” marchista, porque el periódico supo acompañar esa metamorfosis profunda de la vida social y cultural a la vez que su estrategia supuso la inteligente capitalización de una coyuntura favorable, en aquel país (mejor: en aquella capital), que podía jactarse de estar *á la page*, atento a la modernización de la industria cultural en la que el cine fue una de sus llaves maestras y que empezaba a producir sus propios mecanismos activos. Síntesis, entonces, más que milagro. Todo esto fue andando a la par que acogía a notables exiliados (Margarita Xirgu, José Bergamín, por temporadas Rafael Alberti) o recibía eximios visitantes europeos (Albert Camus, Juan Ramón Jiménez, Jean-Louis Barrault, Marcel Marceau), junto a otros no menos notables americanos (como Pablo Neruda, Cecilia Meireles o Gilberto Freyre), y en particular argentinos que buscaban un espacio que la censura peronista les bloqueaba. Por eso en Montevideo se pudo escuchar en ámbitos académicos –y publicar en *Marcha* y en otros medios– a Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Rodolfo Mondolfo, José Luis Romero, Jorge Romero Brest.

Una vez estructurado ese camino, bastaba con proseguir el impulso, persistir en las ideas y los cambios, incrementar la oferta. Desde luego, *Marcha* fue un modelo periodístico de ideas y de debates que no sólo podría filiarse a la tradición crítica del siglo XIX en la dirección insinuada, sino que pronto se apoyó en un público de clase media que había prosperado con la confianza, harto moderna, en la cultura y en la educación, a la que iba incorporándose a un ritmo cada vez más acelerado. Antes que nada, debe remarcarse que las precitadas condiciones asignaban al periodismo cultural un privilegiado sitio en un país, a la vez, periférico y que carecía –que aún carece– de un sólido aparato universitario en el área humanística. En gran medida por eso mismo *Marcha* pudo ser lo que fue.

III

En un libro sobre la literatura del período que va desde la fundación del semanario, en 1939, hasta mediados de los años sesenta, Emir Rodríguez Monegal postuló la existencia de “*dos Marchas*”: una que estuvo ligada a la tarea política, en un sentido amplio del término; otra que estaba radicada en la sección cultural, más cosmopolita, menos conec-

tada al “destino latinoamericano” (Rodríguez Monegal, 1966). Al final de su vida, Arturo Ardao revisa la experiencia apoyándose en esta dicotomía, a la que empieza por denunciar como excesivamente simplificadora. Pero concluye por aceptarla en su esencia:

La primera, en cuanto lo político en sentido estricto, era acompañada con vastedad por notas económicas, sociológicas, históricas, filosóficas. La segunda, por acompañar habitualmente a la crítica literaria, siempre dominante, la crítica teatral, la cinematográfica, la musical. Cada una de ellas, por lo demás, con sus redactores propios y sus colaboradores propios (Ardao, 2003: 511-512).

Podría admitirse la dicotomía, que Ardao no deja de mantener en pie, pero habría que agregar que el punto de articulación visible entre esas “dos” alas de *Marcha* era, precisamente, una de las direcciones en la producción del propio Ardao. No la que se radicaba en la zona “política”, sino aquella sobre la historia de las ideas en América, en particular en Uruguay pero, también, en ocasionales textos sobre el pensamiento y la filosofía metropolitana. Dicho de otro modo o de manera clara: Ardao era el *único* que participaba de las dos *Marchas*, de los dos espacios físicos compartimentados como él los describió tantos años después. La singularidad de su aporte consistió en un interés inusual en Uruguay por las ideas filosóficas de los mismos escritores sobre los que tanto escribía un Rodríguez Monegal en la “zona” literaria. A lo largo de varias décadas, fueron apareciendo, sin pausas y sin la prisa habitual del crítico que está acuciado por el comentario o la difusión de la novedad bibliográfica, muchos de los artículos sobre el pensamiento uruguayo que se integraron, armónicamente, al libro *Etapas de la inteligencia uruguaya* (1968), entre otros sus textos sobre Rodó, Acevedo Díaz, Herrera y Reissig. En *Marcha*, asimismo, adelantó fragmentos de sus libros mayores, como el mencionado *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, por ejemplo en el artículo “La crisis uruguaya de la fe”, publicado en el N° 605 (29 de diciembre de 1951) o “Las reformas liberales de 1885”, aparecido en el N° 676 (26 de junio de 1953), para sólo poner dos ejemplos.

En cambio, harto discutible resulta el lugar que en el proyecto estético ensimismado ocuparon –si es que algún lugar ocuparon– las ideas fuerza del “área política” de la publicación: el antiimperialismo, la apertura hacia un “destino latinoamericano” en la tradición del pensamiento arielista, la conciencia de una crisis nacional, la postulación de un socia-

lismo democrático. Como se ve, un pensamiento al que los escritos de Quijano dieron sustento político y los de Ardao, si se quiere, completaron con un mayor fundamento histórico-filosófico, no sólo en los artículos que entregó a *Marcha* con o sin firma, sino también en los libros que fue publicando desde 1945 en adelante. Por ejemplo, cuando Rodríguez Monegal está en la dirección de la sección literaria del semanario (1945-1958), en particular en sus primeros años, se promueve la polémica interna acerca del problema de la literatura nacional, sobre la necesidad de modernizar el instrumental técnico en prosa, poesía y teatro y el conocimiento de las literaturas centrales más recientes, hasta entonces casi ignoradas por estas latitudes. Este tipo de discusión no era nuevo ni, desde luego, exclusivamente uruguayo entonces, algo evidente para quien repase la situación de la cultura argentina en los años treinta con la irrupción de *Sur* y la emergencia de grupos nacionalistas que se resisten a su política “extranjerizante”. Pero en Uruguay el conflicto entre cultura “universal” y cultura “nacional” no se había dado con la violencia de otras partes de América, sino que las dos categorías –por llamarlas de algún modo– habían convivido amablemente en los sectores letrados, por lo menos desde la década del ochenta del siglo XIX. A través de la vinculación de Rodríguez Monegal y algunos miembros de su grupo con la literatura, las ideas y los presupuestos teóricos “cosmopolitas” y “descomprometidos” de Borges y de *Sur*, y por otro lado, a partir de una filiación bastante directa con el pensamiento existencialista, se desató una polémica que colocó efectivamente la cuestión como problema a dirimir. Alcanza con revisar las páginas de *Marcha* para encontrar textos que fueron publicados, en traducción, por primera vez en la revista porteña y hasta varias páginas que habían salido allí pocos meses atrás.

Además de la incorporación de la relativa (o absoluta) novedad europea o norteamericana, hubo una lucha sin tregua contra los que eran percibidos como dueños del poder cultural “oficial”: el grupo de Julio J. Casal y su revista *Alfar*, Juvenal Ortiz Saralegui y los *Cuadernos Julio Herrera y Reissig*, la *Revista Nacional* del Ministerio de Instrucción Pública y la Asociación Uruguaya de Escritores (AUDE). Otro problema clave correspondió a la reinterpretación del pasado. El “pasado útil” –en la recurrida noción de T.S. Eliot– a que se apeló fue al de la Generación del Novecientos y algunos escritores anteriores (como Eduardo Acevedo Díaz o Francisco Bauzá), borrando, de ese modo, las huellas de los espacios intermedios. Rodó, Quiroga, Herrera y Reissig, Florencio Sánchez,

Javier de Viana, fueron releídos con avidez por Rodríguez Monegal y sus colaboradores más cercanos. En rigor, el propio Onetti había marcado las pautas básicas de este plan que en el medio siglo se entendió que era necesario completar.⁶

Otra, contemporáneamente, era la preocupación básica de la "zona política" del semanario. A medida que los años avanzaron y que, en sustancia, el mapa político del país no variaba, por un lado las notas ideológicas de la primera hora se enriquecieron con un más acendrado latinoamericanismo que en la inicial década larga de vida del semanario no parecían infiltrar la ideología del equipo "cultural". La defensa de la "Patria Grande" se enraizó, cada vez más, en el ejemplo de los héroes de la independencia y también en el pensamiento de Martí, muy particularmente en el de Rodó. Una leve comparación sobre el caso basta para verificar que si Quijano fue, desde su primera juventud, un admirador del Rodó estilista y del americanista, correspondió a Ardao la difusión más intensa de una reivindicación total de Rodó como antiimperialista, americanista y aun antiburgués en una selección de sus escritos, editada por *Marcha*, en el apogeo de esta ola. El prólogo de esta antología tiene mucho de autorreferente, algo en general rehuido por Ardao en las páginas de juventud y de madurez (Ardao, 1970: 7-42). En su lugar, el "rodonianismo" de un Rodríguez Monegal, quien escribió mucho sobre el escritor del Novecientos y fue el editor de sus *Obras Completas* por Aguilar (Madrid, 1957 y 1967), tiene más que ver con la admiración por el pionero en la crítica literaria y el intelectual capaz de establecer un puente entre la gran cultural occidental clásica y la moderna, injertándola en América. A este catálogo americano en los sesentas se sumó, entre otros, Mariátegui. Por otra parte, este nacionalismo se afianzó en una concepción revolucionaria y socialista con ingredientes marxistas sin renunciar a las libertades democráticas. *Marcha* postulaba, en síntesis, que había que "destruir construyendo", para usar, paradójicamente si se quiere, una frase que el despolitizado Rodríguez Monegal asumió como lema de su actividad en la crítica literaria semanal, pero que, tal vez, no hubiera sido posible pensar fuera de ese mismo ámbito (Rodríguez Monegal, 1952). Como se ve, *Marcha* alentaba una ideología "cargada de futuro", en la medida en que rehuía tanto el liberalismo ortodoxo sujeto a los dictámenes del capitalismo internacional, como el "socialismo real" de la órbita soviética. El triunfo de la Revolución cubana (1959) y el recambio generacional en los cuadros activos del semanario, representaron un

viraje importante, sobre todo al impulso de las generaciones más jóvenes que eran mayoría en el semanario, como siempre lo habían sido, dado el verdadero culto a la juventud, de raíz tan arielista, que siempre alentó Quijano. Y aun en esa línea no perdió la profunda filiación, también rodoniana –ni cuando se acercó más heterodoxamente al marxismo– al “*neoidealismo*”, como lo explicó Ardao en la mencionada introducción a sus obras (loc. cit., 1989).

Aun admitiendo la validez relativa del fraccionamiento de las dos *Marchas*, está claro que con el advenimiento del impacto cubano del 59 hubo un diálogo fluido entre esas “partes” del periódico. Ese diálogo hubiera sido menos natural sin la prédica de los redactores políticos en sus editoriales y notas y, sobre todo en lo que respecta al campo literario, sin la mediación de los artículos de Ardao sobre el pensamiento filosófico americano. Más que nunca en aquellos textos en que se dedicó al examen del americanismo literario, sobre el cual ha escrito uno de los estudios más importantes, aún no leído o estimado en su justa proporción (Ardao, 1987: 1-72). Muchos “lúcidos” de otrora, muchos de los que estaban ensimismados en el Olimpo de las Letras, prestaron su caluroso apoyo al socialismo isleño que se defendía desde las páginas políticas del periódico. Algunos, como Mario Benedetti e Idea Vilariño, ahora conformes con la adhesión a esa causa, reingresaron a las páginas de las que se habían apartado por problemas personales con el director; otros –como Rodríguez Monegal o José Enrique Etcheverry– se fueron para siempre, en buena medida por causa de su retracción o repulsa del nuevo modelo socialista. Otros tantos, como Carlos Martínez Moreno o Real de Azúa o –según todas las evidencias– el propio Ardao, prefirieron mantener un apoyo crítico sin precipitarse por la pendiente de la adhesión incondicional.⁷

IV

Observar más de cerca los procesos de la página literaria, que fue siempre –como señalara Ardao en el antecitado artículo– núcleo de la zona cultural del semanario y que, alrededor de 1960, se convierte en una pieza clave para el diálogo cultural de América Latina, permitirá advertir la profundidad de los cambios y medir la participación de las ideas

latinoamericanistas propiciadas por Quijano y por Ardao desde los comienzos.

En un cálido testimonio, Antonio Candido recordó que en 1960 conoció a Ángel Rama en Montevideo, cuando acababa de asumir la dirección de las páginas literarias de *Marcha*, pero cuando estaba muy lejos de ser el profesor universitario y el ensayista de dimensiones americanas. Entonces, “me declaró su convicción de que el intelectual latinoamericano debería asumir como tarea prioritaria el conocimiento, el contacto, el intercambio con relación a los países de América Latina y me manifestó su disposición para comenzar este trabajo [...]” (Candido, 1997: 291). En rigor, esas convicciones no habían sido las que Rama pusiera en práctica durante su breve conducción de las páginas literarias de *Marcha* en 1949-50. En el medio se produjo el triunfo de la Revolución cubana, a la cual se acercó con intensidad desde un principio (Fernández Retamar, 1997), por más que en su *Diario*, desde mediados de los años setenta, no cesara de atacar al proceso revolucionario y a sus antiguos amigos.⁸ Antes de que sonaran los arrepentimientos o las rectificaciones, entre 1962 y 1968, hubo durísimos intercambios polémicos entre Ángel Rama y Monegal que tuvieron como centros a Cuba, el “Congreso por la Libertad de la Cultura” y la revista *Mundo Nuevo*, pruebas contundentes de cómo se había pasado de la indiferencia del campo literario ante la política a la imposibilidad de aislarlo de las tensiones sociales y políticas. Este binomio encontró, gracias al catalizador revolucionario y a la asunción de las viejas ideas de los redactores políticos del semanario en cuanto a una toma de distancia de la línea soviética, el trazado de un nuevo proyecto latinoamericanista y socialista. (Gilman, 2003; Rocca, 2003). Dos páginas de Rama de momentos próximos lo dicen con elocuencia:

¿Qué pasa en América Latina, en nuestra América? La siesta subtropical parece haber terminado, conjuntamente con esa vaga sensación de que todo podía relegarse a un mañana distante. Nuevas fuerzas, poderosas ideas y esperanzas, la están agitando, la obligan a tomar conciencia de sí y a asumir un destino al que se rehusaba. Latinoamérica entra en escena: es decir, se niega a continuar en su estado semicolonial, sometida al provecho extranjero y a la retórica huera, y quiere ser independiente, auténtica, justa, parte al fin de un nuevo mundo mejor (Rama, 1961).

Dos grandes ramas tiene ese compromiso en nuestro momento: la que viene de lo social o la que viene de la metafísica [...] El escritor se siente responsable ante el mundo que integra y su arte es el instrumento con que acciona dentro de él [...] Romper con la clase dominante, enjuiciarla en las consecuencias diarias de su actividad distorsionadora, y ambicionar una creación destinada a dignificar, llevar al nivel de un pueblo, heredero legítimo de la cultura, es su compromiso hoy (Rama, 1962).

Puede no ser esta la versión o la visión exacta de un Quijano o de un Ardao, pero sin el tercerismo nacionalista y antiimperialista que fue creciendo desde los primeros pasos de *Marcha*, posiciones como las de Rama no hubieran sido viables o, por lo menos, no hubieran encontrado tan cómodo espacio en esa publicación periódica.⁹ Alcanza otro texto para ver los parentescos y las diferencias, de más de veinte años atrás, titulado “Nuestra América” y, como es obvio, en el mismo registro del homenaje a Martí, que había publicado Ardao en *Marcha*. Leído este texto, parece el de Rama un ajuste, un apéndice que suma el fenómeno triunfal que vendría a completar el proyecto en ciernes del 39:

Despejado el imperialismo de viejo cuño, ingleses y yanquis se traban en una implacable y larga contienda por imponer a su favor en Latino-América el moderno vasallaje imperialista de carácter financiero. La lucha se resuelve en los hechos por un reparto más o menos igualitario de las zonas de influencia: al norte EE.UU, al sur Gran Bretaña. [...] De seguir así, seremos –con nuestra posición geográfica, nuestra población de más de cien millones, nuestras riquezas fabulosas– pueblos eternamente débiles, pobres y avasallados. Hay que reaccionar. La defensa de nuestra integridad territorial y política y el afianzamiento de nuestro porvenir económico, no pueden tener más apoyo que el que nosotros mismos les prestemos (Ardao, 1939).

En esos radicalizados años sesenta, ya sumido el Uruguay en la plena crisis, los hacedores del semanario montevideano –ya disueltas o yuxtapuestas las dos zonas del mismo– se inclinaron por una solución que sustituyera el orden de cosas imperante. Dentro de ese plan, hubo veladas y hasta expresas simpatías a las prácticas foquistas. Por eso no puede sorprender que hasta el propio Ernesto “Che” Guevara escribiera desde África una carta a Quijano que éste titulara, con acierto, “El socialismo y el hombre en Cuba”, algo que puede interpretarse como un triple

acto de reconocimiento: por el equilibrio del semanario para no caer en la alternativa soviética, por el prestigio que había logrado más allá de las estrechas fronteras uruguayas, por la distancia que –aun a pesar de las simpatías– podía tomar por un camino revolucionario, sin mengua para la libertad de las diversas expresiones. Los redactores políticos de la primera hora del semanario denunciaron, en los preámbulos de la dictadura (1967-1973), la violencia ejercida desde el Estado, pero no justificaron las acciones guerrilleras, más allá de la comprensión teórica (y aun pragmática) que pudieran tener de ellas y aun a cuenta de la tolerancia con otras opiniones favorables que se exponían en esas páginas. En buena medida *Marcha* cumplió, entonces, el objetivo o la aspiración o la utopía –como se quiera– que se había trazado desde su nacimiento, transformándose en una pieza clave para la junción de los grupos de izquierda atomizados desde siempre y para la promoción de lo que, a la postre, concluyó en el Frente Amplio.¹⁰

Más de una vez se ha enumerado el repertorio de colaboradores nacionales y extranjeros del semanario a lo largo de sus diversas etapas, comprendidas en 1676 números, un catálogo que se inició cuando a escala nacional *Marcha* era un mito, antes que la dictadura la borrara (Rama, 1972). Esas listas prueban, con abrumadora contundencia, el espacio hegemónico de *Marcha* en la cultura uruguaya y latinoamericana, por lo menos entre 1950 y 1974. Quizá habría que operar al revés, señalando las ausencias más que las presencias: quedó fuera la consideración rigurosa o paciente de la “cultura popular” o, mejor, de casi todo lo que no fuera “alta cultura” o no estuviera conectada con alguna de sus expresiones o reelaboraciones; lejos estuvo el examen minucioso del interior del país, salvo cuando se trataba de denunciar condiciones de explotación o miseria; como se insinuó, fueron masacrados los identificados con la “cultura oficialista”, y su obra despreciada sólo en base a esta suposición. A esa conducta, Juan Fló temprana e irónicamente, la calificó como la práctica de “los desprecios implícitos, las críticas precisas y barrocas, el justo insulto” (Fló, 1954: 152). Sin embargo, aun en las épocas de posiciones más definidas de izquierda, el periódico supo mantenerse abierto a los especialistas que no integraban estas filas, como por ejemplo el historiador Juan E. Pivel Devoto, quien colaboró desde los años cuarenta hasta el final, y quien mantuvo con Ardao, una relación fluida –más allá de la visión conservadora del primero–, que les permitió recuperar la fundamental polémica entre José Pedro Varela y

Carlos María Ramírez, publicada en dos volúmenes junto a otros textos vecinos con el título general de *El destino nacional y la Universidad*. El viejo equipo de los redactores políticos fueron los guardianes de la contención del maniqueísmo que mantuvo, en medio de aquel torbellino, una *Marcha* más vehemente que antes, más enérgica adversaria de la represión oficial y de su política adherida al capitalismo dependiente y colonizadora y, en su línea directriz, siempre de izquierda. Pero vigilante de la independencia prudente de toda ubicación partidista estricta.

Sin el aporte de *Marcha* al pensamiento libre y siempre inconformista, el perfil de la *intelligentsia* del país y de la comarca hubiera sido otro. Por eso el régimen militar que se entronizó en junio del 73 hostigó al semanario hasta que lo clausuró para siempre, el 22 de noviembre de 1974; por eso la dictadura encarceló a muchos de sus miembros, los destituyó de sus puestos en la enseñanza o en la administración pública, obligó a exiliarse a una multitud (entre ellos, Ardao se instaló en Caracas), asesinó a Julio Castro en 1977 y, desde el primer momento, mandó a la hoguera a todos los ejemplares que pudo encontrar. *Marcha* había sido enemiga del despotismo, de ahí que estuviera condenada a muerte. A largo plazo, era inevitable, estaba condenada a la vida.

Notas:

1 Poco tiempo después de publicado este libro que exalta al "*Hombre de ayer, de hoy y de mañana*", como dice el subtítulo del mismo, un libro que en gran medida fue escrito contra Luis Alberto de Herrera -sostén blanco de la dictadura terrista-, Muñoz se acercó a este caudillo, aceptando integrar la lista al senado, por la que salió electo. Sin embargo, una reedición de este libro con algunos ajustes salió en *Cuadernos de Marcha*, diciembre 1971. Uno de los últimos libros de Ardao fue, justamente, un texto con fuerte tono testimonial sobre el intento de derribar a la dictadura terrista en enero de 1935 (Ardao, 1996).

2 Un modelo periodístico quizá haya sido el de *Le Monde*, dada la gravitación de la cultura francesa en Montevideo, a la que Quijano conocía al dedillo por una larga estadía en el Viejo Continente. Dispensó aquí la descripción un poco más detallada de los semanarios *Acción* y *Marcha*, que ya efectuara en Rocca, 1991.

3 En esos años de fervores, el semanario supo multiplicar sus brazos, creando los monográficos *Cuadernos de Marcha*, 1967-1974, que se iniciaron con un tomo íntegramente dedicado a Rodó; los volúmenes de la Biblioteca de *Marcha* (1968-1974); incrementando los concursos de ensayo y narrativa. A la gravitación local, había sumado en los cincuentas un grado alto de incidencia en el campo intelectual argentino -sobre todo porteño- y, en los sesentas, alcanzó a ser leído, como se podía, en distintos puntos de América Latina.

- 4 Sobre los conceptos de "campo intelectual" y "campo literario" véase Bourdieu, 1997.
- 5 Como, por ejemplo, *Clinamen* (1947-1948), *Escritura* (1947-1950), *Asir* (1948-1959), *Número* (1949-1955 y 1962-1964), *Film* (1953-1957), *Deslinde* (1956-1960).
- 6 Lamentándose, en un artículo publicado en *Marcha* el 1° de setiembre de 1939, sobre la parálisis de la literatura nacional, Onetti escribió: "Hace años, tuvimos a un Roberto de las Carreras, un Herrera y Reissig, un Florencio Sánchez. Aparte de sus obras, las formas de vida de aquella gente, eran artísticas. Eran diferentes, no eran burgueses. [...] Los "nuevos" sólo aspiran a que algunos de los inmovibles fantasmones que ofician de papas, les diga algunas palabras de elogio acerca de sus poemitas. Y los poemitas han sido facturados, expresamente, para alcanzar ese alto destino" (Onetti, 1975: 30).
- 7 Como en forma simétrica al resonante acontecimiento histórico, la cultura latinoamericana encontró en La Habana su mejor *aleph*. Por entonces empezaron a escribir en la zona cultural de *Marcha* quienes confiaban en la necesidad de mirar hacia el continente mestizo: Ángel Rama (literarias) y poco después Coriún Aharonian (música), José Wainer (cine), José Pedro Barrán (historia), Gerardo Fernández (teatro), entre otros. Este recambio evitó que *Marcha* se anquilosara, admitió que abriera sus páginas a los nuevos a quienes asignaba, como en los orígenes, puestos de alta responsabilidad.
- 8 También, dígase de paso, las tres veces que en su *Diario* (Rama, 2001) menciona a Arturo Ardao, lo hace de modo despectivo y aun ferozmente demoleedor. Ignoramos las causas de estos ataques brutales. Seguramente se conocieron en la redacción de *Marcha*; luego Ardao será decano de Rama en la Facultad de Humanidades y Ciencias, donde éste fue profesor titular de Literatura Hispanoamericana entre 1965 y 1970.
- 9 Un examen de las distintas instancias del tercerismo en Ardao, véase en Acosta, 2003.
- 10 Como se sabe: la coalición de las izquierdas que, mientras corrijó la última versión de este texto, fines de noviembre de 2004, acaba de obtener el gobierno nacional en primera vuelta con poco más del 50% de los votos del total del electorado.

Bibliografía:

- ARDAO, Arturo y Julio CASTRO. *Vida de Basilio Muñoz. Hombre de ayer, de hoy y de mañana*. Montevideo, Editorial Acción, 1937. (Prólogo de Carlos Quijano). [Reeditado con el título 1875-1935. *Sesenta años de revolución. (Vida de Basilio Muñoz)*, Cuadernos de *Marcha* Montevideo, N° 56, diciembre 1971].
- ARDAO, Ardao. "Nuestra América", en *Marcha*, Montevideo, N° 16, 6 de octubre de 1939: 5. (Reproducido en *Antología de Marcha (1939)*, Hugo Alfaro (selección y prólogo). Montevideo Biblioteca de *Marcha*, 1970: 102-103).
- _____. *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*. México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- _____. *Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico*. Montevideo, Número, 1951.
- _____. *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*. Montevideo, Universidad de la República, 1962.
- _____. *Etapas de la inteligencia uruguaya*. Montevideo, Universidad de la República, 1968.
- _____. (Prólogo y antología). *Rodó. Su americanismo*. Montevideo, Biblioteca de *Marcha*, 1970.
- _____. *La inteligencia latinoamericana*. Montevideo, Universidad de la República, 1987.
- _____. "Introducción general" a *Los golpes de Estado (1933 y 1942)*, Carlos Quijano. Montevideo, Cámara de Representantes, 1989.
- _____. *La tricolor revolución de enero: recuerdos personales y documentos olvidados*. Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria/ Biblioteca de *Marcha*, 1996.
- _____. "¿Dos *Marchas*?", en *Marcha y América Latina*. Mabel Moraña y Horacio Machín (editores). Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003: 511-512. [Publicado, originalmente, en *Cuadernos de Marcha*, Montevideo, N° 151, junio 1999].
- ACOSTA, Yamandú. "La cuestión del sujeto en el pensamiento de Arturo Ardao", en *Ensayos en homenaje al doctor Arturo Ardao*. Manuel A. Claps (comp.) Montevideo, Universidad de la República/ Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1995: 37-48. [1992].
- _____. "Arturo Ardao: la inteligencia filosófica y el discernimiento del tercerismo en *Marcha*", en *Marcha y América Latina*. Mabel Moraña y Horacio Machín (editores). Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003: 123-161.
- BOURDIEU, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1997. [1992].
- CANDIDO, Antonio. "La mirada crítica de Ángel Rama", en *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Mabel Moraña (ed.). Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana,

- na/ Universidad de Pittsburgh, 1997. (Originalmente, en portugués, en *Literatura e História na América Latina*, Ligia Chiappini & Flávio Wolf de Aguiar (orgs.). São Paulo, Edusp, 1993: 263-270)
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. "Ángel Rama y la Casa de las Américas", en *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Mabel Moraña (ed.). Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/ Universidad de Pittsburgh, 1997: 295-317.
- FLÓ, Juan. "Problemas de la juventud en nuestro país", en *Problemas de la juventud uruguaya*. Montevideo, Ed. Marcha, 1954: 143-156. (Prólogo de Carlos Real de Azúa).
- GILMAN, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 2003.
- ONETTI, Juan Carlos. "[Quién es quién en la literatura uruguaya]", en *Requiem por Faulker y otros artículos*. Montevideo, Arca, 1975. (Recopilación y prólogo de Jorge Ruffinelli). [Originalmente en *Marcha*, 1/IX/1939].
- _____. "Quijano era Marcha", en *Periquito el Aguador y otros textos, 1939-1984*. Montevideo, Cuadernos de Marcha/ Intendencia Municipal de Montevideo, 1994. Recopilación y prólogo de María Angélica Petit. (Originalmente escrito en 1984 para la Agencia EFE).
- RAMA, Ángel. "Nuestra América", en *Marcha*, Montevideo, N° 1090, 29 de diciembre de 1961: 1 (2ª sección.)
- _____. "Situación actual del escritor latinoamericano", en *Marcha*, Montevideo, N° 1095, 9 de febrero de 1962: 22-23.
- _____. *La generación crítica (Panoramas, 1939-1969)*. Montevideo, Arca, 1972.
- _____. *La ciudad letrada*. Montevideo, FIAR/Arca, 1984. (Prólogo de Hugo Achugar).
- _____. *Diario, 1974-1983*. Montevideo, Trilce, 2001. (Prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou).
- RAMÍREZ, Carlos María y José Pedro VARELA. *El destino nacional y la Universidad*. Montevideo, Biblioteca "Artigas", Colección de Clásicos Uruguayos, 1965, vols. 67-68. (Prólogo de Arturo Ardao).
- REAL DE AZÚA, Carlos. "Carlos Quijano", en *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Tomo II, Carlos Real de Azúa. Montevideo, Universidad de la República, 1964.
- ROCCA, Pablo. *35 años en Marcha (Crítica y literatura en el semanario Marcha y en el Uruguay)*. Montevideo, División Cultura I.M.M., 1991. (Otra edición: *Nuevo Texto Crítico*, Stanford, Stanford University, N° 11, Primer semestre de 1993).
- _____. "La idea de América Latina y de su historia literaria. Las visiones de Emir Rodríguez Monegal y de Ángel Rama en *Marcha*", en *Marcha y América Latina*. Mabel Moraña y Horacio Machín (editores). Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003: 313-347.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. "Nacionalismo y literatura (Un programa a posteriori)", en *Marcha*,

Montevideo, N° 629, 4 de julio de 1952: 14-15.

_____ . *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo, Alfa, 1966.